

Convertirnos en padres y madres de nuestros hijos

Por Sergio Sinay

Este texto forma parte del libro “La Sociedad de los hijos huérfanos

¿Estamos obligados a ser padres y madres? ¿Es requisito necesario de la condición de varón o de mujer? Durante siglos nadie se hubiera atrevido a hacerse la pregunta. Ante el credo incuestionable de la familia como célula básica de la sociedad, el interrogante era contra natura. El matrimonio (y su consecuencia inmediata e inevitable, la familia tal como fue originalmente concebida en nuestra cultura) nació para ordenar las filiaciones y las herencias. Sin una convención colectivamente pactada que permitiera saber quién era el padre de los niños que nacían y a dónde irían a parar los bienes de las personas que morían, la Humanidad acaso no habría sobrevivido; se hubiera fagocitado a sí misma hace largo tiempo en sangrientas disputas. La familia tuvo inicialmente, pues, una razón inmunológica y ordenadora y la cumplió a la perfección. A esa función básica se le sumaron la de transmitir hábitos, creencias, mandatos, tradiciones. Para el cumplimiento de esas asignaciones eran importantes ciertos acuerdos, la creación de una base de acatamiento (“honrarás a tu padre y a tu madre”, etc) y la conformación de una atmósfera que permitiera convivir los unos con los otros, así como manifestar el afecto que nace de la coexistencia para un fin común. Aunque toda familia nacía a partir de dos individuos fundadores, en esta concepción jamás los individuos fueron más importantes que el grupo. En la familia se elegían y decidían los destinos personales de todos sus miembros, e incluso las mismas familias llegaron a ser grupos especializados (artesanos, agricultores, comerciantes, profesionales).

El amor no era un ingrediente fundamental en este cocido. Los hijos querían a sus padres porque eran sus padres y los padres querían a sus hijos porque eran sus hijos. Y esto no se discutía ni había que darle muchas vueltas. De un hombre se requería capacidad de trabajo, de provisión y de cumplimiento con sus obligaciones. De una mujer abnegación para la crianza, para la nutrición y para las tareas domésticas. Cumplidos estos requisitos, se los consideraba aptos para iniciar la tarea. Luego la seguirían sus hijos, y así hasta el infinito. Apenas si la muerte se permitía proponer recambios en los elencos. El amor individualizado, la pasión, la elección del sujeto amoroso y otras pulsiones amenazantes se exiliaban en los relatos románticos, en las leyendas, en la literatura, en la poesía, en la mitología, en el teatro. Ahí aparecían seres extraordinarios amándose (y sufriendo por amor) de una manera también extraordinaria. Los hombres y mujeres comunes simplemente construían sus familias y las llevaban adelante hacendosa y obedientemente. Ser padre y ser madre era una obligación a partir de cierta edad. Un mandato social, familiar e ideológico del que sólo era posible liberarse a cambio de entregar la propia vida a una causa más alta que aquel (causa generalmente religiosa). La transgresión en otras condiciones equivalía a exclusión.

Nacimiento del individuo

Llevó varias centurias y hubo que avanzar bastante en el siglo XX para que se instalara la noción de individuo y para que ésta designara a una entidad autónoma, única, irrepetible, inédita y respetable. De hecho, la Convención Universal de los Derechos Humanos (una elevada síntesis de esa concepción) apenas fue consagrada en 1948. Cuanto

más emergió el individuo de aquel magma familiar, más nitidez y fuerza cobraron valores y sentimientos como el amor. Éste dejó de ser una abstracción mística sin sujeto, para encarnar, en cambio, en seres concretos y para convertirse en una construcción, producto de la interacción entre individuos reales. Las personas comenzaron a percibirse y a desearse como tales, y a elegirse partir del registro del otro como alguien puntual y específico. Ya no sólo eran obedientes y mecánicas ejecutoras de un mandato y de un modelo a cuya concepción inicial habían estado ajenos, sino que ahora también les cabía preguntarse *para qué* se elegían y, en la exploración de la respuesta, desarrollaban proyectos propios, nacidos a menudo de pasiones compartidas.

Este proceso, rápidamente esbozado aquí, llevó aparejado el cuestionamiento de los estereotipos de género (hombre=productor, proveedor, protector, potente; mujer=criadora, alimentadora, receptora, educadora), y provocó la revolución sexual de los años 60, los movimientos de liberación femenina, nuevas interacciones de pareja y, por fin, la crisis del modelo familiar único e indiscutido que había prevalecido hasta ahí. Hoy la palabra familia evoca en cada persona una experiencia propia. (...)

Todas estas conformaciones no dejan de ser células básicas de la sociedad, en la medida en que la reflejan, en que dan cuenta de sus transformaciones. Así como en cada pequeño trozo de un holograma vemos la figura completa, en cada expresión familiar tenemos el cuadro de la sociedad contemporánea. Si queremos comprenderla y explicarla es imposible prescindir de cualquiera de esas piezas. En todo caso sería deseable que pudiéramos coincidir en un punto: la aspiración a que una familia sea, antes que nada, un lugar de respeto, de estímulo para el desarrollo de las mejores cualidades de cada quien, un encuentro enriquecedor de diferencias, un lugar en el que cada cual se ve honrado por lo que es, un espacio en el cual nacer, transcurrir y morir habiendo encontrado un sentido a la experiencia, una escuela de amor hecho verbo.

“La familia venidera debe reinventarse una vez más”. Con estas palabras finaliza Elisabeth Roudinesco, historiadora francesa del psicoanálisis, su apasionante trabajo *La familia en desorden**. Antes recuerda que la familia es siempre una construcción humana, en la que se asocian un hecho de la Naturaleza, como es la reproducción biológica, con sucesos culturales, como son la alianza de dos personas (en principio, un hombre y una mujer) para garantizar la transmisión de patrimonios, conocimientos, mandatos, actitudes, filiaciones. En todas las sociedades y en todas las culturas, marca Roudinesco, “los hombres, las mujeres y los niños de todas las edades, todas las orientaciones sexuales y todas las condiciones, la aman, la sueñan y la desean (a la familia)”. Por esto, insiste, no debieran temer quienes tiemblan ante su posible destrucción o disolución. Tampoco los pesimistas que avizoran una civilización devastada “por bárbaros bisexuales, clones, delincuentes suburbanos, padres extraviados y madres vagabundas”. ¿En qué se asienta la convicción de la investigadora? Entre muchos y detallados argumentos, en su observación de que la familia es el único valor seguro al que nadie quiere renunciar y en que, con sus complejas características, “la familia contemporánea se comporta bastante bien y asegura correctamente la reproducción de las generaciones”. Una de las particularidades salientes que Roudinesco observa hoy en la familia es que “se ha convertido en un modo de conyugalidad afectiva mediante el cual los esposos —que a veces deciden no ser padres— se protegen de las eventuales perfidias de sus familias respectivas o de los desórdenes del mundo externo”.

* Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 2004.

Familias de dos

Comparto y me parece fundamental este último pensamiento de Roudinesco. Responde a la pregunta inicial del presente capítulo. Podemos construir una familia, entendida como un espacio de comunicación afectiva y de enorme fecundidad en numerosos aspectos, sin estar obligados a ser padres o madres. La renuncia a la paternidad o a la maternidad es una muy respetable decisión de quienes la toman, se conecta con la construcción de una vida elegida y en nada disminuye su valor como personas. “Hoy más personas entienden que los hijos son un modo de dejar un legado y que existe una infinidad de otros caminos para vivir una vida rica y plena. Más y más personas sienten que la elección de no reproducirse es legítima y honorable y que desear hijos no es forzosamente parte del destino de todos los individuos”. Esto afirma la escritora y consultora psicológica Laura Carroll en su libro *Families of Two (Familias de dos)**, un comprometido ensayo sobre el tema que incluye exhaustivas entrevistas a una veintena de parejas que son felices sin hijos.

Carroll cita a Leslie Lafayette, que en su trabajo *Why Don't You Have Kids (Por qué usted no tiene hijos)* apunta: “Probablemente vivimos en la era más *pro natalista* de la historia de nuestra sociedad”. La sociedad, coincide Carroll, “nos presiona para que nos reproduzcamos. La maternidad y paternidad biológicas son mucho más valoradas y facilitadas que cualquier otra forma de crianza y nutrición. La paternidad y maternidad son, en nuestra sociedad, una de las partes más celebradas de la vida”.

Y, sin embargo, insisto: no es obligatorio tener hijos, sobre todo si se los tiene para responder a presiones, a mandatos, a fantasías que no han sido previa y responsablemente sopesadas. Crear una vida, traerla al mundo es acaso el acto humano que requiere un más consciente, maduro y acabado ejercicio de la responsabilidad. Si responsabilidad es la facultad de responder (de cuerpo presente, con actitudes y acciones) ante las consecuencias de los propios actos, decisiones y elecciones**, no puede estar más claro hasta qué punto esto es crucial cuando el fruto de ese acto, de esa elección y de esa decisión es un hijo.

Todos los hijos son elegidos. Algunos desde el amor y la responsabilidad consciente. Otros desde el descuido, desde la desidia, desde la manipulación (para “enganchar” a alguien en un vínculo o para evitar que ese vínculo se derrumbe), desde el egoísmo (el de quienes quieren un hijo para atender una veleidad personal, pero lo quieren, por ejemplo, sin padre), o desde la más absoluta negligencia (“que se cuide ella”). No hay forma de *no* elegir, ni en éste ni en cualquier aspecto de la vida. Sólo los animales ignoran el sentido de sus actos, los ejecutan de manera repetitiva y con un fin puntual de supervivencia y perpetuación, como dice la logoterapeuta alemana Elisabeth Lukas (discípula y sucesora de Víktor Frankl) en *Paz vital, plenitud y placer de vivir**. Los seres humanos somos humanos por nuestra dimensión espiritual, que incluye en nuestros actos la noción y la necesidad de sentido. Si anestesiarnos este espacio del ser, la vida se convierte en un absurdo y de ese absurdo nace la angustia. Estamos afortunadamente atrapados en las redes de la consciencia y, aunque apaguemos su luz, nunca podremos eliminar lo que ésta ilumina cuando se enciende. Somos libres porque elegimos, y elegimos aunque nos

* XLibris Corporation, Oregon, EE.UU., 2000. Sin traducción al castellano.

** Me he extendido sobre este valor en mi libro *Elogio de la responsabilidad*, Nuevo Extremo, Buenos Aires 2005, RBA Integral, Barcelona 2007.

* Paidós, Barcelona, 2001.

neguemos a aceptarlo y prefiramos transferir la responsabilidad. Sin embargo, la responsabilidad es siempre intransferible. No hay acto humano que no sea una elección: aún cuando seamos víctimas de catástrofes naturales o de accidentes ajenos a nuestra voluntad, o nos atormente la acción destructiva de humanos, nuestra respuesta a esos hechos es siempre una elección. Allí reside nuestra libertad inalienable, la verdadera. Y, como quería Jean Paul Sastre, somos prisioneros de nuestra libertad.

La semilla y el árbol

De manera que cuando se tiene un hijo es porque se lo elige. También, en definitiva, se elige no tenerlo, porque si bien muchas veces hay imposibilidades orgánicas ajenas a la voluntad que se interponen ante el deseo de tener un hijo, la adopción es un camino absolutamente válido, posible y responsable hacia la paternidad o la maternidad. No adoptar es, en esos casos, y desde la perspectiva que planteo, una manera de elegir.

Si, en definitiva, todo hijo es elegido, se nos plantea con fuerza ineludible el sentido de la función parental. Los hijos no vienen a este mundo a satisfacer a los padres, ni a cumplir deseos frustrados o postergados de éstos, ni a ser aplicados actores de guiones ajenos, ni a llenar vacíos existenciales de papá o mamá, ni a ser compañeros de padres solitarios, ni a convertirse en instrumentos funcionales de competencias o rivalidades que sus progenitores dirimen con quien fuere que lo hicieren, ni a ser compañeros de aventuras de sus papás y mamás, ni a dar lustre a un apellido o continuidad a una costumbre familiar.

Los hijos vienen a cumplir un propósito único e intransferible, a desarrollar una vida propia, a convertir en actos las potencialidades que se encierran en su ser. Se dice que en la semilla está el árbol y que esa semilla sólo necesita un suelo fértil, riego y paciencia. En ella está todo lo que el árbol será si cumple su ciclo evolutivo. Los árboles que son los hijos necesitan no ser desvirtuados, ser atendidos, necesitan tutoría para crecer. Ni ser dejados al azar para que los destruya la primera tormenta, ni ser podados al punto de que la poda sea una mutilación. Como jardineros, los padres son responsables de atender el desarrollo de la semilla que eligieron plantar y esa responsabilidad entraña estar presentes y activos en las sequías, en las granizadas, en las lluvias, bajo el sol inclemente y bajo el sol cálido y nutricio, en las cuatro estaciones, hasta que el fruto alcance su forma. Según las célebres palabras del gran poeta libanés Gibran Jalil Gibran, que viene al caso citar una vez más, *“podréis albergar sus cuerpos, pero no sus almas/ porque sus almas moran en la casa del mañana, que no/ podéis visitar ni siquiera en sueños./ Podréis, si mucho, pareceros a ellos; mas no tratéis/ de hacerlos semejantes a vosotros./ Porque la vida no retrocede ni se estanca en el ayer./ Sois los arcos para que vuestros hijos, flechas vivientes/ se lancen al espacio”***.

Ser un arco es mantenerse firme. Sólo así la tensión del lanzamiento será la conveniente. Según hacia dónde apunte el arco, será el vuelo de la flecha, por lo tanto debe apuntar en alguna dirección y hacerlo con convicción. El arco marca un límite de la trayectoria de la flecha, el otro lo alcanzará ella misma como culminación de su vuelo. Aunque quisiera ser flecha, el arco, en esta historia, sólo puede ser arco, y a ello debe abocarse. Cuando no es así sobreviene, como describen Jaume Soler y Merce Conangla, el caos más total y absoluto. “No hay pautas claras. No se ponen límites. A veces lo intentan, pero enseguida los adultos de referencia –padres o madres- se olvidan de que los han puesto, perdidos en su propio caos (...) Los menores también están desorientados, se ponen

** *De los niños*, en *El Profeta*, Bureau Editor, Buenos Aires 2003.

nerviosos e intentan adueñarse del territorio familiar quedándose sólo con lo que les va bien y huyendo de tareas y responsabilidades”*.

Ser padres significa *trabajar* de padres. De lo contrario somos meros reproductores, condición que compartimos con conejos, gatos, leones, cebras o con cualquier ser viviente. No se trata sólo de inseminar, gestar y parir. Eso es lo más sencillo y lo que incita a la confusión. Creemos (nos han hecho creer) que lo “normal” y “natural” es ser padres. Es erróneo. Eso es, apenas, ser sementales, engendradores, calcadores o repetidores. Ser padres es, en cambio, convertirse en educadores, rectores, referentes, acompañantes, sostenedores, limitadores, legisladores. Si no estamos dispuestos a aceptar el trabajo parental, podemos derivar esa energía a otros fines que acaso resulten más fecundos y más trascendentes para nosotros y para el mundo que habitamos.

El puente esencial

Sólo asumir con responsabilidad y consciencia la función parental puede hacer que los vínculos paternal y filial se transformen en relaciones de amor, de verdadero amor. El amor no se impone ni se decreta, no es fruto de un mandato ni se compra hecho. No es una abstracción que preexiste a los sujetos que se aman. Es una construcción de ellos, en este caso de padres e hijos. Ni los hijos están obligados a amar a sus padres porque sí, ni los padres están obligados a amar a sus hijos porque éstos lo son. Este dogma ha dejado, en la historia humana, innumerables víctimas emocionalmente mortales o afectivamente discapacitadas. El amor es fruto de una interacción, se nutre en la misma, y, a su vez, la alimenta, le da dirección y sentido.

Cada ser humano es único y, por eso mismo, su condición esencial es aquella que Erich Fromm denominó *separatidad*. La búsqueda del otro, el encuentro profundo de los diferentes permite construir un puente entre la *separatidad* de ambos y ese puente se llama amor. Su construcción es un arte. Como lo designó la genialidad de Fromm, es *El arte de amar*** . En esa obra imprescindible escribe este enorme psicoterapeuta y pensador descendiente de talmudistas: “La esencia del amor es trabajar por algo y hacer creer que el amor y el trabajo son inseparables. Se ama aquello por lo que se trabaja y se trabaja por lo que se ama”. Fromm liga el amor a la responsabilidad y al respeto y define al respeto de una manera que se aplica especialmente a la relación de los padres con los hijos: “Quiero que la persona amada crezca y se desarrolle por sí misma en la forma que le es propia y no para servirme”.

Cuando los padres se sirven de un hijo ya sea a través de la manipulación, de la indiferencia, de la ausencia, de la adulación o del miedo, poco harán para construir el puente del amor y aunque los preceptos manden a ese hijo a respetar a sus padres, jamás podrán obligarlo a amarlos. Si no se acercan a su hijo para conocerlo de verdad, para tomar consciencia plena de su individualidad, para asistir de manera activa, protagónica, y al mismo tiempo objetiva, al desarrollo y la consagración de esa individualidad, poco habrán trabajado los padres para amar de veras a su hijo, para hacer del amor algo más que una declaración formal, confusa y obligada.

¿Cómo se ejerce la parentalidad de un modo nutricional y asertivo? Las recetas se parecen mucho a un traje de una talla única que les debe ir bien a todos (altos, bajos, gordos

* En *Juntos pero no revueltos*, libro que integra la trilogía *De la familia obligada a la familia escogida.*, Amat Editorial, Barcelona 2006.

** Paidós, Buenos Aires, 1980.

y flacos). Las fórmulas sustituyen lo más rico de la vivencia humana: la experiencia. La reemplazan por las experiencias de otros y convierten al que usa la fórmula en un simple instrumento cuando no en un autómatas. Quizá sea tarde para advertirlo, pero el lector de este libro no encontrará recetas aquí. Virginia Satir, maestra imprescindible de la terapia familiar, escribió que “ningún niño viene con un manual de instrucciones acerca de cómo crecer y desarrollarse; alguien tiene que inventarlas en este momento y no dentro de diez años. Ese alguien son ustedes, los padres (...) Dos grandes interrogantes se presentan de una manera u otra a todos los padres: *¿Qué clase de ser humano quiero que sea mi hijo?* y *¿Qué es lo que puedo hacer para lograrlo?* Sus respuestas, como padres, significan la base de su diseño, su proyecto para hacer seres humanos...humanos. Todos los padres tienen respuestas a estas preguntas, ya sean claras, indefinidas o dudosas, pero las tienen”^{*}.

Para comprobar que las tienen, para ponerlas en práctica, para construir el vínculo, para darle un sentido y trascendencia, tienen que estar presentes, con todo lo que eso significa en materia de tiempo, de actitudes, de decisiones, de responsabilidad. Muchos padres y muchas madres lo hacen. Dudan, temen, se ven rodeados de interrogantes que acaso jamás tendrán respuestas, pero lo hacen. Algunos de esos padres viven bajo el mismo techo, son la misma pareja que, allá y entonces, inició el viaje. Otros se han separado y aún así están presentes porque han entendido que las parejas se divorcian pero los padres jamás se separan de sus hijos cuando son conscientes de su función. Separados o juntos no es la cuestión y no puede ser una excusa. Se trata de estar *con* los hijos que se eligió traer a la vida.

Y se trata de ayudarles a ser individuos plenos, a convertirse en los árboles condensados en la semilla plantada. Fromm dice a las madres: “Querer que el niño se torne independiente y llegue a separarse de ella debe ser parte de su vida”. Y dice a los padres: “Deben ser pacientes y tolerantes, no amenazadores y autoritarios. Deben darle al niño que crece un sentido cada vez mayor de la competencia, y oportunamente permitirle ser su propia autoridad y dejar de lado la del padre”. Es, en ambos casos, la descripción de un proceso alquímico maravilloso y único, de un proceso sagrado por el cual se honra a la vida. A la vida creada por propia elección.

La misión a cumplir

El mayor logro de la maternidad y de la paternidad, la certificación indudable de que la misión ha sido bien cumplida consiste en dejar de ser necesitados por nuestros hijos, en que, habiendo alcanzado el desarrollo de sus propias condiciones e instrumentos, ellos vengan a nosotros por amor, simplemente para compartir y celebrar el encuentro, y no por necesidad, por incapacidad, por confusión emocional respecto del vínculo que nos une. Para alcanzar este logro antes debemos estar muy cerca, muy presentes, muy activos, muy decisivos. Cuando mi hijo Iván tenía unas pocas semanas de vida, después de la primera visita al consultorio del pediatra (el para mí inolvidable doctor Carlos Ylia Levin) y de que éste lo encontrara en perfectas condiciones, el propio especialista nos acompañó hasta la puerta, me sostuvo el brazo con un cálido apretón y mirándome a los ojos me dijo: “Desde aquí en adelante, suavidad y firmeza”. En aquel momento me pareció que la consigna era contradictoria, pero con el tiempo entendí la sabiduría que encerraba. Comprendí que era una polaridad de opuestos complementarios y que en la integración de los mismos debía basarse mi trabajo como padre. No sé si siempre supe ser suave o ser firme, o firme y suave

^{*} En *Relaciones humanas en el núcleo familiar*, Editorial Pax-México, 1983.

a la vez, no sé si siempre apliqué cada atributo en el momento oportuno o si los confundí. Seguramente acerté muchísimas veces y me equivoqué tantas otras. Si tuviera que darle un consejo a mi propio hijo acerca de qué hacer como padre le diría lo mismo que el doctor Levin me dijo aquella tarde, en la puerta del consultorio. Ojalá no debiera explicarle mucho más, ojalá él lo entendiera a partir de su propia experiencia como hijo.

La suavidad y la firmeza sólo funcionan junto al compromiso. Cuando nos hacemos padres y madres, una nueva vida comienza para nosotros. El resto de nuestra vida. Tendremos todo ese tramo por delante para ejercer el compromiso y la responsabilidad, para darles forma y para construir el amor. Habrá idas y vueltas, habrá luz y penumbras, habrá errores y aciertos. Lo que no puede haber es desidia, negligencia, irresponsabilidad, deshonestidad emocional, vaciamiento afectivo, dobles mensajes, ocultamientos. Lo que no puede haber, definitivamente, es deserción, abdicación y ausencia. Cuando esto ocurre nos convertimos en gestores, encubridores y cómplices de un modelo social abyecto, obscenamente materialista, centrado en el egoísmo y en el beneficio a cualquier costo, vacío de sentido. Un modelo social que hoy se alimenta de una manera perversa de nuestros hijos. Esa es la sociedad de los hijos huérfanos.

Y esos hijos viven la peor de las orfandades. Aquella en la cual sus padres están vivos.

Padres vivos e hijos huérfanos es la peor ecuación imaginable. De nadie más que de nosotros, los adultos, los padres, depende cambiar este modelo para hacer de la relación entre padres e hijos, entre adultos y jóvenes, algo más que un accidente biológico. De nosotros depende, sin demoras y sin excusas, transformarla en una construcción de amor, de respeto y de sentido.